PRETTY WOMAN & FREGA

THE WALL STREET SAGA



FERDINANDO FREGA

PRETTY WOMAN, FREGA Y WALL STREET

La saga de Wall Street

Algunas películas se convierten en clásicos. Otras se convierten en espejos.

Pretty Woman fue ambas cosas.

Millones de personas la vieron y encontraron una historia de amor.

Yo la volví a ver y encontré otra cosa.

Vi una película sobre la soledad disfrazada de riqueza.

Una película hecha para soñadores, especialmente para aquellos que nunca llegaron adonde querían llegar y encontraron refugio dentro de la fantasía en lugar de la realidad.

Con los años he aprendido que las películas nunca revelan sus secretos en la trama. Las partes interesantes se esconden en los detalles.

Edward Lewis es un titán de las finanzas.

Puede comprar empresas.

Puede comprar hoteles.

Puede comprar un piso entero de un edificio sin mirar el precio.

Y sin embargo no puede encontrar a una mujer.

Por eso termina conociendo a una en una calle de Hollywood.

No porque busque sexo.

Porque busca conexiones.

La ironía es casi dolorosa.

Cuanto más rico se vuelve, más lejos parece estar de lo único que no puede comprar.

La gente suele decir que las mujeres buscan hombres ricos.

Esa nunca ha sido mi experiencia.

La mayoría de las mujeres no buscan riqueza.

Buscan estabilidad.

El dinero en sí suele ser solo una herramienta.

Comida en la mesa.

Seguridad para los hijos.

Protección para las personas que aman.

Una mujer piensa en términos de personas.

Un hombre suele pensar en términos de activos.

Esa diferencia explica más sobre la historia humana que la mayoría de los libros de economía.

Luego está la suite del ático.

La mejor habitación.

El piso más alto.

El tipo de vista que se supone que la gente exitosa debe disfrutar.

Salvo que Edward no puede disfrutarla.

Tiene miedo a las alturas.

Es dueño del punto más alto del edificio, pero nunca mira realmente hacia afuera.

Conozco a mucha gente así.

Pasan toda su vida escalando.

Luego llegan a la cima y descubren que tienen miedo de la vista.

Más tarde admite que comprar la empresa de su padre lo hizo sentir bien.

Piensa en esa frase.

Un multimillonario comprando un consuelo emocional.

Una adquisición corporativa usada como terapia.

La empresa nunca fue el objetivo.

El sentimiento sí lo era.

El balance era simplemente el sistema de entrega.

Luego llega mi momento favorito.

El césped.

Ella le pide que camine descalzo.

Sin sala de juntas.

Sin abogados.

Sin negociaciones.

Solo un hombre sintiendo la tierra bajo sus pies.

Durante unos segundos, el sumo sacerdote de Wall Street se reconecta con algo más antiguo que el dinero.

La realidad.

La naturaleza nunca envía facturas.

Por eso tanta gente exitosa acaba echándola de menos.

La siguiente contradicción es aún mejor.

Él defiende la dignidad de una mujer a la que originalmente contrató.

Desafía a uno de sus propios socios por el honor de ella.

El empresario que entró en la relación creyendo que todo tenía un precio descubre de pronto que algunas cosas no lo tienen.

Respeto.

Dignidad.

Cariño.

Confianza.

Los mercados son excelentes fijando precios a las cosas.

Son pésimos valorándolas.

La película podría haber terminado ahí.

La lección ya estaba completa.

Pero Hollywood entiende la debilidad humana mejor que la mayoría de los filósofos.

La realidad rara vez se convierte en un éxito de taquilla.

La fantasía sí.

Así que Edward regresa con rosas rojas.

La limusina llega.

La música se eleva.

El cuento de hadas se entrega exactamente a tiempo.

Y el público se marcha creyendo que el amor venció al dinero.

Yo no estoy tan seguro.

Creo que la película sobrevive porque cuenta una historia distinta.

No la historia de una mujer rescatada por un hombre rico.

La historia de un hombre rico rescatado de sí mismo.

Hay una razón por la que los hombres de traje caro han amado esta película durante décadas.

No porque sueñen con hacerse ricos.

Muchos de ellos ya lo son.

La ven porque sospechan que debe existir algo más allá del próximo trato, la próxima adquisición, el próximo bono, la próxima victoria.

Siguen buscando pruebas.

Para muchos de ellos, Pretty Woman es la prueba.

Una fantasía de dos horas que sugiere que todavía podría haber un ser humano debajo del traje a medida.

Entonces, ¿qué queda cuando terminan los créditos?

No las rosas.

No el ático.

No el dinero.

Ni siquiera la historia de amor.

Lo que queda es una simple observación.

Todo lo que un hombre construye comienza con una mujer en algún lugar, en segundo plano.

Una madre.

Una hermana.

Una esposa.

Una hija.

Una desconocida.

Y tarde o temprano la vida tiene la extraña costumbre de devolverlo a esa verdad original.

El error es creer que se la puede comprar.

No se puede.

La jugada más inteligente es prestar atención.

Y esperar.

Porque las mujeres tienen un radar para los casos especiales.

La mayoría de las veces, los reconocen mucho antes que los hombres.

Ferdinando Frega
BLADEFREGA
La saga de Wall Street